



David comparte su pan

A las seis de la mañana, el pequeño David ya estaba vestido y listo para salir de casa hacia la escuela, donde cursaba el jardín de infantes. Su mamá le entregó la mochila con sus libros escolares, papel, lápices, y lo más importante: su desayuno. El desayuno de David era un delicioso y esponjoso pedazo de pan.

Las clases comenzaban a las siete de la mañana y, tras unas cuantas actividades, llegó la hora de desayunar. David enérgicamente sacó su pan de la mochila... ¡Qué hambre tenía! Justo cuando estaba listo para empezar a comer, el niño que estaba sentado a su lado le dijo:

–¿Podrías compartir tu pan conmigo?

David vio que el pequeño no tenía pan para comer, porque su mamá no le había puesto desayuno en la mochila. Así que, arrancó un trozo de su pan y le dijo:

–Toma, aquí tienes.

Mientras el niño tomaba el pan, llegó otro compañero.

–¿Podrías compartir también conmigo? –le preguntó a David.

David también vio que el niño no tenía pan; su mamá tampoco le había dado desayuno. Entonces arrancó otro pedacito de su pan y le dijo:

–Toma, aquí tienes.

Entonces, un tercer niño se acercó y David supo inmediatamente lo que quería, porque vio que tampoco traía desayuno. Era evidente que tenía hambre.

–¿Podrías compartir tu pan conmigo? –preguntó el niño.

A David no le quedaba mucho pan, así que, no sabía qué hacer. Pero entonces recordó la historia bíblica de Elías.

Una vez, cuando Elías, el profeta de Dios, tuvo hambre, fue a visitar a una madre muy pobre para pedirle que le diera de comer. “¿Podrías compartir tu pan conmigo?”, le preguntó a la mujer. Pero en aquel entonces había una gran hambruna en la tierra y aquella madre solo tenía harina y aceite para hornear una última hogaza de pan. Ella había pensado comer ese pan con su hijo, pero lo compartió con Elías, y Dios la recompensó con un milagro: proveyendo harina y aceite hasta que terminó la hambruna. Esa madre pudo preparar pan todo el tiempo, y ni ella ni su hijo pasaron hambre.

David había oído esta historia bíblica en la Escuela Sabática. Su maestra se la había contado a los niños y les había dicho al final: “Hay que compartir con quienes tienen hambre”. Así, David partió su último trozo de pan a la mitad.

–Toma, aquí tienes –le dijo al niño que tenía hambre.

David y los tres niños mordisquearon cada uno su delicioso y esponjoso pedazo de pan. ¡Qué bueno estaba aquel desayuno! David se sintió muy bien por haber ayudado a sus compañeros, y aunque su desayuno no era muy abundante, no pasó hambre el resto de la mañana. Después se fue a casa a almorzar.

Al día siguiente, sucedió lo mismo: cuando David sacó de la mochila su pan para desayunar, otros niños le pidieron que lo compartiera. Y él, una vez más, lo compartió, y se sintió muy bien. Después de eso, los niños comenzaron a pedirle todos los días que compartiera con ellos su desayuno.

Muchas cosas cambiaron cuando David terminó el jardín de infantes y comenzó el

primer grado. La escuela empezaba a las once, entonces desayunaba en casa; pero el almuerzo lo tenía en la escuela. Su mamá ya no le ponía pan en la mochila, sino que le daba dinero para que comprara pan para comer. Sin embargo, una cosa no cambió: los niños le seguían pidiendo que compartiera con ellos su comida. Y él siguió compartiéndola.

Hoy David tiene trece años y lleva ocho compartiendo su comida con sus compañeros. Su generosidad ha sorprendido a muchos niños de su clase, que le preguntan: “¿Por qué sigues compartiendo tu pan?” Le gusta contarles cómo Jesús, cierta vez, compartió comida con una multitud de cinco mil personas, y otra vez, alimentó a otra multitud de cuatro mil personas. También les cuenta cómo Jesús compartía todo lo que tenía con sus discípulos. “Yo quiero ser como Jesús, por eso comparto mi comida”, dice David. Su ge-

nerosidad ha sido una buena influencia para sus compañeros de clase que, cuando lo vieron compartir su comida, empezaron también a compartir la suya con los que no tenían nada para comer.

David dice que está muy contento de poder compartir lo que tiene. “A veces paso hambre, porque doy mucho de mi comida, pero estoy contento porque puedo seguir el ejemplo de Jesús al compartir. Creo que estoy brillando para Jesús entre mis amigos”.

Queridos niños, la Biblia dice que Dios nos bendice para que podamos bendecir a otros. Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a abrir una escuela adventista en Camerún, el país de David, para que muchos niños puedan aprender el gozo de compartir las bendiciones de Dios con los demás. Gracias por hacer planes para dar una generosa ofrenda.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico “Yo iré” de la Iglesia Adventista Mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual N° 5:* “Disciplinar a personas y a familias para que lleven vidas llenas del Espíritu”.
- *Objetivo de crecimiento espiritual N° 6:* “Aumentar la adhesión, conservación, recuperación y participación de niños, jóvenes y adultos jóvenes”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual N° 7:* “Ayudar a los jóvenes y los adultos jóvenes a poner a Dios en primer lugar y a poner en práctica una cosmovisión bíblica”.

Obtenga más información sobre este plan estratégico en: iwillgo2020.org [en inglés] o iwillgo2020.org/es/ [en español].